

los coros, sonar las orquestas, reír los bufones, respirar los placeres, hervir la embriaguez, extenderse por todas partes como una savia que dé fiebre los delirios de la orgía, latir como un corazón impulsado por el amor ó como unas sienas agitadas por la inspiración, la vida exuberante de aquellos siglos, en que los despojos de todos los mares caían á los pies de la diosa Venecia. Y he aquí por cuáles transformaciones la simple comida nupcial, donde María mostró el influjo sobre su hijo y éste la fuerza milagrosa de su poder divino, se trastrueca en una orgía ideada por la imaginación en delirio de un artista pagano y puesta, no obstante un tal paganismo, en las iglesias católicas, bajo las bóvedas por donde vuelan las oraciones y sobre los altares en que se dice la sagrada misa.

## XVIII

A pesar del influjo ejercido por María en Jesús para el milagro de Caná, es indudable que pretendió el Salvador siempre mostrarse como desligado y aparte de su familia humana, para que así resaltase mejor lo divino y lo sobrenatural, tanto de su origen como de su ministerio. Cuando, en aquellas parábolas confiadas al viento, como le confían su fecundante semilla las palmas, Jesús

toca en lo sublime, y dice verdades absolutas, de las cuales todos los espíritus habrán de alimentarse hasta la consumación completa del mundo y del tiempo, sus enemigos le dan en rostro con su nacimiento humilde, con su villa galilea, con su cuna de pajas, con su oficio de carpintero, con sus padres modestísimos, profeta, revelador, mártir, Jesús enseña que aquel corazón suyo no cabe dentro del nido estrecho de un hogar; que la familia humana y temporal suya no corresponde á quien desea tener por hermanos en una especie de familia espiritual á todos los hombres; que posee un padre, sí, pero un padre allá en los cielos; una madre, sí, pero una madre, á la cual debe llamársele propiamente la eternidad, por estar en ella el arquetipo de todas las ideas y la palabra creadora de todos los seres. Según esta razón, Cristo se afecta, como de una molestia y de una contrariedad, si le recuerdan su origen idéntico al origen de todos los hombres, y sus padres parecidos á cuantos conservan por el amor nuestra especie. Y si al gesto de incredulidad, que oponen los duros oyentes, percibiendo aquella palabra, cuyos ecos elevan á Jesús de su aparente condición humilde á las más excelsas alturas, únese la presencia de los padres mismos, recordados por los incrédulos como testigos de su identidad vulgar con todo el mundo, enton-

ces repele su familia, cual todos aquellos venidos á este mundo para sacrificarse y morir por sus semejantes. De tal estado en su ánimo y en su alma ofrécnos testimonios fehacientes los evangelistas todos en los respectivos Evangelios. Veamos el primero, el Evangelio de San Mateo.

Hállase Cristo en una de las mayores ocasiones de su predicación. Los fariseos reconviene á sus discípulos, porque han cogido espigas y mascado su trigo en día de fiesta. Y Cristo entonces reconviene á los hipócritas por la observancia externa del sábado, en que no hacen sus corazones, endurecidos por observancias maquinales, ninguna obra benéfica. Después de haber así condenado la falsa piedad, que se contenta con lo aparatoso y con lo externo sin llenarlo de virtudes y de verdades, Cristo reanima, como si á un leño seco le devolviera su sangre, y mueve, y agita, y acalora, la diestra de un manco. Y al obrar tanto prodigio, aquellos que no quieren creer en su doctrina, y por despego á su doctrina tampoco mirar las obras suyas, argúyenle así como de brujo y hechicero, atribuyendo á Belceebub mismo sus maravillas y sus milagros. Es el momento de la divina contestación que opone Cristo á la incredulidad ciega de los empedernidos sacerdotes. Invectivas de una sobrenatural elocuencia vierten sus labios; comparacio-

nes entre los idólatras ninivitas y los que se llaman sacerdotes del Eterno, vejatorias para éstos, pasan por su mente; y cuando más absorto está en tan creador trabajo, y más derribados tiene los infieles, ¡oh! sus parientes aparecen; y Cristo muestra, en cuanto lo sabe, una contrariedad franca y acerbísima. San Mateo la expresa, en los versículos últimos de su capítulo duodécimo, como sigue: «Y hablando aun Jesús á las gentes, su madre y sus hermanos, que se hallaban fuera, quieren verle. Y uno le dijo: he aquí tu madre y tus hermanos están fuera, mas quieren hablarte. Y respondiendo Jesús á quien le anunciaba esto, díjole: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano hacia los discípulos, dijo: he aquí mi madre y mis hermanos. Todo aquel que hiciere la voluntad de mi Padre, el cual está en los cielos, ese habrá de ser mi hermano, y mi hermana, y mi madre.» Indénticas palabras pone San Marcos en labios de Jesús, y una escena muy parecida relata. En su capítulo tercero el Salvador cura la mano de un manco, reúne innumerables muchedumbres, elige á los doce apóstoles y contesta con verdadera indignación así á los dicterios del fariseo como á las blasfemias del escriba. Y cuando los infieles y los incrédulos atribuían todas estas verdades absolutas de su doctrina, y todas estas perfecciones indeci-

bles de su palabra, supersticiosos al espíritu diabólico, vienen sus hermanos y su madre y le llaman. Y la gente, sentada en derredor suyo, dijéronle: «He aquí tu madre y tus hermanos, que te buscan fuera.» Y respondiósle él, diciendo: «¿Quién es mi madre y mis hermanos?» Y mirando á los que estaban sentados junto á él dijo: «He aquí mi madre y mis hermanos. Porque cualquiera que haga la voluntad de Dios, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.» Suspendemos ahora citas para no repetirnos ni uniformar demasiado la narración; pero algo debe decirse todavía, como que otros relatos evangélicos hacen llegar á la madre y los hermanos de Jesús movidos por deseo natural de cuidarlo y proveer á su bien y salud, habiéndoles dicho las gentes que se hallaba en aquel momento como fuera de sí. Al llegar María, Jesús, desfallecido, estaba para comer. Mas las gentes, reunidas en muchedumbre incalculable, no le dejaban de ningún modo ni sentarse á la mesa ni partir el pan, desosas de oírle, y á medida que le oían, más deseosas aún de continuar oyéndole. Pero su madre aparta la gente con sus brazos y llega en presencia de Jesús. Al verla, recordándole su naturaleza mortal, tórnase á ella el Salvador con la firmeza propia de una voluntad sobrehumana, que iba derechamente á su fin, y le recuerda

cómo el padre de aquel hijo, á quien amaba tanto ella, residía en lo alto del cielo, desde donde le comunicaba con su aliento su espíritu, y cómo su familia, su prole, su descendencia, todos sus parientes se hallaban en aquellos apóstoles que iban á predicar su doctrina, en aquellos discípulos que recogían su enseñanza para transmitirla de siglo en siglo, en aquellos mártires que se apercibían á perecer por Él y por su Iglesia.

Cuando se miran todos estos pasos con los ojos de una crítica estrecha, encuéntrase motivo en ellos á la maravilla y al asombro. ¿Cómo? Jesús llega, en tales momentos, al colmo de la grandeza; desde ignorado niño se alza en alas de su Verbo á inspirado y sublime revelador; las gentes le siguen por todas las vías con el ansia de recoger y sembrar su palabra; los milagros le acompañan en aquella predicación, donde los apólogos más sublimes coinciden á una con los hechos más extraordinarios y maravillosos; á sus maldiciones, los escribas, y los fariseos y los poderosos del mundo retroceden como espantados; á sus plegarias el paralítico anda, el ciego ve, resucita el muerto, las piedras latan como corazones y los corazones en el pecho estallan, suspendiéndose hasta el movimiento de los cielos á la verdad y á la hermosura de su divina palabra, que parecen traerle á los labios ángeles invisibles, y ser

el eco de aquella primera sublime, resonante en los espacios vacíos, y productora de toda la creación. Al rayar tan alto, al sentirse tan grande, al ver las ciudades todas á una despoblarse para poblar en su compañía los desiertos, Jesús estaba en el caso de compartir con los suyos, con su familia, con sus hermanos, con su madre, con todos cuantos le habían amado y había amado él en la tierra, ese goce de la gloria merecida y del poder moral acatado, á que ningún otro humano goce puede compararse. Y, sin embargo, cuando tiene abatidos los fariseos á sus plantas, maravilladas las muchedumbres á sus arengas, el cielo abierto sobre su cabeza, lloviéndole inspiraciones, el milagro dócil á sus conjuros y á sus mandatos en testimonio de la verdad que predica, llega su madre, y le huye, y no la reconoce, dando una maternidad metafísica solamente á su alma sobrenatural y reconociendo su familia en los viandantes que ha encontrado al paso y que han asentido á su enseñanza y á su doctrina. Hasta determinado punto le movían á proceder así la incredulidad y la impenitencia de sus convecinos y de sus paisanos. Cuanto más de Nazareth se alejaba, más los pueblos creían á una en él, adoptando sus enseñanzas y reconociéndole sus milagros. El misterio sirve á todas las revelaciones, como la noche á todos los astros. Lejos de su hogar, entre los que

no habían visto su cuna, el joven inspirado y hermosísimo, que levantaba los ojos y los brazos al cielo, pidiéndole ideas para sí, bendiciones para sus oyentes, parecía un sér sobrenatural, en cuyos oídos hablaban los ángeles y de cuyas palabras se nutrían los espíritus. Pero una vez que llegó á Nazareth, é inspirado como nunca, supo decir sobre la tierra en que se desarrollara y creciera, bajo el cielo testigo de sus primeras miradas y de sus primeras sonrisas, todo cuanto le sugiriera su inspiración divina; las muchedumbres movieron incrédulamente su cabeza, y negaron toda virtud á sus palabras y á sus obras, porque lo habían visto á los pechos de su madre María, conducido en brazos de su padre José, jugueteando en la fuente con los pequeñuelos de su edad, blandiendo el martillo de carpintero sobre las mismas tablas componentes de sus ventanas. Al verlos el Salvador tan impenitentes é incrédulos, anuncióles cómo no volvería jamás á predicar en su recinto, y cómo no haría en su presencia ningún milagro, por aquello de que ningún nacido es profeta honrado en su patria. Pero no provienen de aquí las advertencias dirigidas por Cristo á su madre y á su familia, no. Cristo dice y enseña con sus repulsas, cómo él, predestinado para servir á la humanidad, tiene forzosamente que cerrarse los horizontes de la vida ordinaria; que salirse del hogar donde los otros

mortales se recluyen; que por familia escoger, no los padres naturales generadores suyos, ni la restricta prole pariente suya, lo colectivo, lo perdurable, lo ideal, pensamientos abstractos, venidos como rayos etéreos de otras inteligencias, generaciones dormidas todavía en los abismos del no sér, pueblos ingratos, razas enteras, los mundos y la humanidad. Quien oye vocaciones tales no podrá encerrarlas en el nido estrecho de una casa y de una familia; voláranse de allí con alas invisibles por los espacios infinitos. A causa de los más tendrá que descuidar á los menos. El ideal será su sol, será su tierra la escuela ó la Iglesia que funde, será su alimento la doctrina y enseñanza que produzca, será su vida la muerte y el sacrificio por aquellos á quienes cree redimir y salvar. No lo retendrá ninguna pasión individual, no le cautivará ningún interés personalísimo, no le dominarán amigos ó deudos: el género humano lo necesita, y al género humano se consagrará por entero, sin acordarse, no ya de la gente suya, sin acordarse de sí mismo. Mezquinamente juzgará de Jesús quien busque ó investigue la idea que lo nutrió, el medio ambiente donde respirara y viviera, la obsesión de sus vocaciones varias, el minuto interior en que se creyó á sí Mesías: misterios tan providenciales impónense á los predestinados extraordinarios desde la hora de su na-

cimiento al primer asomo y alborear de sus almas, cuando todavía las ideas rudimentarias no se han dibujado en su inteligencia naciente, cuando todavía los primeros afectos no se han despertado en sus corazones tiernísimos, desde los limbos casi de su primera gestación. Quien ve á cuál precio se rompen los eslabones de una cadena, cuántos esfuerzos se necesitan para impulsar un pueblo y esclarecer un alma, qué martirios exige al Redentor el más mínimo bien ofrecido á su pueblo y á su tiempo, si los predilectos seres á quienes ama con su cariño puramente individual se le aparecen, y piensa en su interior los mares de lágrimas en que habrá de anegarlos por causa y razón de su misma grandeza y de su altísimo destino, rechazarálos por amor y no querrá verlos acercarse con él á su pasión y á su Calvario.

Jesús necesitaba tanto más esta indeclinable adopción de una colectividad, superior á la familia, cuanto que sus enemigos crecían, y entre otras imputaciones, á cual más absurda, señalábanlo como relacionado y en estrecha comunión espiritual con los demonios. Leed el capítulo noveno de San Mateo. Jesús, asentado humildemente sobre las piedras, no da señal ninguna de su poder sobrehumano. Pero los ciegos le rodean pidiéndole á una luz. El Salvador se maravilla del ruego y les